

y 1799 había propuesto en el Estado de Kentucky, su país, una emancipación gradual de los esclavos, que solo había logrado reunir una minoría, si bien respetable. Esta minoría, dijo, fué creciendo y habría acabado por ser mayoría, pero antes de llegar á este punto aparecieron en la escena los abolicionistas, echándolo á perder todo con su impetuosidad. Por lo demás, añadió que estaba dispuesto á cooperar á la extirpación de aquella mancha asquerosa de la esclavitud, lo cual sería para él la mayor satisfacción y un verdadero triunfo. Estas opiniones no eran del gusto del Sur y enajenaron sus simpatías á Clay, sin procurarles en cambio las del Norte. Esto y su poca energía mas adelante, en la cuestión de Tejas, le quitaron para siempre toda probabilidad de llegar á la presidencia, que había sido la ambición de toda su vida.

Una petición anti-esclavista, firmada por pretendidos esclavos y presentada también por Adams, produjo en el congreso escenas cómicas. Los esclavistas pidieron que se arrojase á Adams de la asamblea; y como el viejo diputado puritano se quedara muy tranquilo en medio de aquella tempestad deshecha, pidieron que se le diera un voto de censura, pero ni esto lograron. Otro día presentó al congreso una petición de 45 ciudadanos de Haverhill, en Massachusetts, solicitando la disolución pacífica de la Unión, atendida la imposibilidad de vivir juntos Estados libres y esclavistas. Este reto insolente dió lugar á debates que amenazaban ser interminables y durante los cuales Adams no desperdió ocasión alguna de exasperar á sus adversarios con su sorna y sus sarcasmos sangrientos. Al fin, para acabar con esta discusión, se convino en dejar el asunto sobre la mesa. Apenas se hubo votado esta resolución, Adams presentó cerca de 200 nuevas peticiones solicitando en su mayor parte la abolición de la esclavitud, despues de lo cual el congreso suspendió sus sesiones.

Desde la presidencia de Jackson había menguado mucho el carácter de la cámara de representantes, en la cual habían entrado un gran número de diputados faltos de instrucción y de educación. Cuando se reunió en 2 de diciembre de 1839 el 26.º congreso, antes de que llegase á constituirse la cámara hubo tal desorden en la sala que, según expresión de uno de los diputados, parecía aquello una reunión del populacho alborotado. La causa fué que el encargado de leer la lista de los diputados omitió los nombres de cinco de New-Jersey, diciendo que se habían presentado protestas contra su elección. La confusión y gritería duraron hasta la tarde, y para poner orden fué menester suplicar á Adams que ocupara interinamente, como veterano del parlamento, la presidencia. El escándalo, sin embargo, duró hasta el 16 de diciembre. Por este estilo fueron todos los parlamentos hasta 1849, porque los presidentes que despues de Jackson estuvieron á la cabeza del gobierno federal no tuvieron ni talento ni autoridad para cumplir dignamente los deberes que les imponía su elevado cargo.

Martin Van Buren, el sucesor inmediato de Jackson, fué el primero de estos presidentes. Según dijo el *Evening Post*, periódico de Nueva York, en 1841, un año despues de haber dejado la presidencia, había sido el presidente de la gente mercantil y especuladora. Era hijo de un labrador poco acomodado del Estado de Nueva York, descendiente, como lo dice su nombre, de los primeros colonos holandeses. Su padre, además de su labor, tenía una casa de bebidas, y de las conversaciones de los labradores sacó el hijo sus primeros conocimientos. A la edad de diez años entró en casa del procurador de su pueblo; desde allí pasó al despacho de un abogado de Nueva York, y despues de haber estudiado esta carrera abrió un bufete de abogado en Kinderhook, cabeza

de partido de su distrito, y en 1809, á la edad de veintisiete años, en Hudson. Abogado ya, empezó á tomar parte en las luchas políticas de su distrito como demócrata ó republicano particularista, es decir, partidario del Sur. En 1812 fué elegido representante de su distrito en el senado y nombrado fiscal del gobierno de Nueva York, empleo que tuvo hasta 1815. Con el apoyo de un partido que había organizado fué elegido gobernador-presidente del Estado de Nueva York y poco tiempo despues nombrado por Jackson ministro de Estado de la Unión. Jackson le quiso enviar de embajador á Londres, pero el senado no ratificó este nombramiento, lo cual valió á Van Buren las simpatías y la protección de todos los partidarios de Jackson. Hízose servidor activo de su partido; en una carta pública criticó, en 1835, en términos enérgicos los trabajos abolicionistas, y cuando el gobierno de la Carolina del Norte le preguntó qué actitud pensaba tomar en la cuestión relativa á la facultad del congreso de abolir la esclavitud en el distrito de Columbia, declaró solemnemente que no reconocía al congreso tal facultad y que se opondría enérgicamente á toda tentativa en este sentido.

Su instrucción, como se puede suponer, era muy incompleta, y Hamilton, que le sirvió algun tiempo de secretario, dijo: «Quedé pasmado al conocer su falta de instrucción; mas adelante le ayudó su hijo en la redacción de sus escritos, y despues Butler, que fué su mano derecha.» Otro autor, Mackenzie, le califica de astuto y mañoso, buscador de negocios al estilo de los especuladores intrigantes, y Adams dice que sus partidarios eran demagogos de alquiler de baja ralea, amigos de esas bromas groseras que tanto gustan al populacho de las grandes ciudades, y muy adecuados al carácter del congreso de entonces.

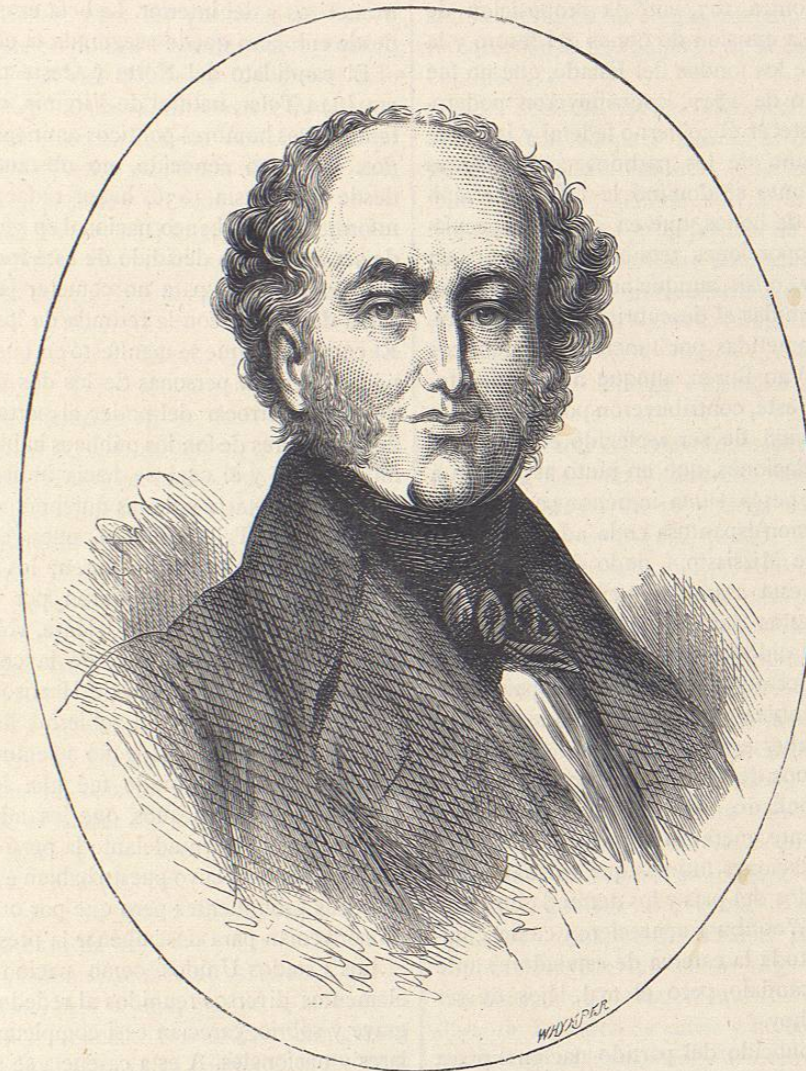
Van Buren llegó á la presidencia sin que el pueblo de los Estados Unidos se hubiese podido explicar por qué, ni cómo. El programa que estaba destinado á expresar su mensaje inaugural se limitó á decir que el autor se juzgaria feliz si pudiera llevar á buen fin la obra gloriosa empezada por Jackson. Cuál obra era esta no lo dijo: quizás la de entronizar la política práctica de las masas rudas, partidarias de los demócratas del Sur.

Desde el instante en que se hubo encaramado al puesto mas alto de la Unión le abandonó la fortuna, que hasta entonces había favorecido sus empresas. La gran crisis monetaria, de la cual hablamos mas atrás y que desde mucho tiempo se venía previendo, estalló durante la presidencia de Van Buren. Sin razón se atribuyó por algunos el desastre al afán febril de construir líneas férreas, porque desde 1834 hasta 1838 solo se habían construido 1,786 kilómetros (1), y 3,261 kilómetros desde 1838 hasta 1841, números por cierto muy modestos. La verdadera causa de la crisis fué el número excesivo de los bancos, que dió lugar á especulaciones atrevidísimas, principalmente en terrenos colonizables, pues solo en 1836 el gobierno vendió á las varias empresas por veinticinco millones de pesos, aprovechando el grandísimo desarrollo de la navegación fluvial movida por el vapor y la simultánea y numerosa inmigración norte-americana y europea en los territorios del centro y Oeste de la América del Norte (2). La dificultad de cobrar el precio de los territorios

(1) La primera vía férrea de los Estados Unidos fué construida en 1809 en Pensilvania y tenía la insignificante longitud de 329 metros; la segunda, de 1,609 metros, al año siguiente, con objeto de conducir al embarcadero las piedras de una cantera. En 1802 había empezado á funcionar la primera locomotora en el condado de Gales, en Inglaterra.
(2) En 1817 se introdujo la navegación de vapor en el Mississippi y en 1842 había 450 buques de vapor y cerca de 4,000 barcas fluviales que navegaban por este río y sus afluentes, calculándose el movimiento mercantil de la navegación fluvial de aquel año en 220 millones de pesos y el de los lagos grandes en mas de veinticinco.

había inducido al gobierno federal, desde el mes de julio de 1836, á no vender sino al contado los terrenos, medida que tuvo por consecuencia la retirada de grandes cantidades de los bancos de crédito y su traslación á los bancos de depósito, si bien llegaron de Europa al mismo tiempo grandes remesas de metálico á los Estados Unidos, nada menos que 36 millones de pesos, en el espacio de cuatro años, desde 1833 hasta 1837, mientras en el mismo período la importación excedió á la exportación en mas de 130 millones de pesos. Niles cita en su crónica un pasaje de un periódico de Nueva York que caracteriza muy bien la situación económica

de aquel tiempo y dice así: «Cualquiera se enriquecía de la noche á la mañana; ciudades y aldeas nacían donde antes reinaba la soledad; mas producto daban los inmuebles que el dinero; terrenos incultos é improductivos se trasformaron súbitamente en minas de oro, y el que tenía dinero ó crédito se arrojaba de cabeza en el torbellino de estas especulaciones; el comerciante, el labrador y el fabricante compraban terrenos, y en lugar de pagar á sus acreedores con el dinero, empleaban este en nuevas compras de terrenos y pagaban lo que debían con bonos hipotecarios cuyo valor resultó pronto ilusorio, quedando engañados los deudores y los acreedores.



Martin Van Buren

La reacción y el desengaño no se hicieron esperar. En 3 de mayo de 1837 el comercio de Nueva York presentó una exposición en la cual se decía, entre otras cosas: «El valor de nuestros inmuebles ha disminuido en los últimos seis meses en mas de 40 millones de pesos; en el espacio de ocho semanas han quebrado mas de 250 casas de gran comercio; nuestros valores locales han experimentado una baja equivalente á 20 millones de pesos; las mercancías en almacén se ofrecen con 30 por ciento de rebaja; y 20,000 personas que vivían de su trabajo han quedado sin él.» En el Sur, particularmente en los Estados mas jóvenes, donde confiando en el crédito los especuladores habían emprendido la roturación de vastos terrenos, faltó súbitamente el dinero, y en su consecuencia el tabaco y el algodón fueron arrojados al mercado hasta con 40 por ciento de rebaja. En Nueva Orleans la quiebra fué casi general, y en Móbilá, de diez casas

de comercio nueve suspendieron sus pagos. Muchas comarcas ribereñas del Mississippi se despoblaron y el gobierno federal perdió sumas inmensas en las quiebras de los bancos donde había depositado sus fondos. Los que pagaban lo hacían en billetes; la paralización de los negocios había disminuido mucho los ingresos del tesoro, y muy especialmente la renta principal, que era la de las aduanas; de suerte que el gobierno preveía que podría llegar el caso de no poder cubrir sus atenciones mas sagradas. Van Buren no perdió su serenidad en tan angustiosa situación. Expuso á la comisión de los comerciantes de Nueva York las verdaderas causas de la crisis, la especulación desenfrenada y el lujo, que había creado necesidades que el pueblo norte-americano antes no conocía; defendió al gobierno, al cual se echaba la culpa de todo, y rechazó por innecesaria la proposición de convocar una legislatura extraordinaria; pero no tardó en convencerse

de que esta última medida era realmente la más práctica. El congreso fué convocado, y estuvo reunido desde el 4 de setiembre hasta el 16 de octubre de 1837, tratando exclusivamente de la situación económica, y decretando, á pesar de las sátiras de los oradores de la oposición, la creación de una nueva deuda nacional en la forma de bonos del tesoro, y la administración directa de los fondos del Estado por el gobierno. Esta idea había sido propuesta ya anteriormente por el diputado Gordon, de Virginia; pero fué llevada á cabo con mucha discreción por Van Buren. Calhoun, si bien enemigo del presidente, le apoyó en el senado, el cual aprobó el proyecto por 26 votos contra 20. La cámara de representantes, por 119 votos contra 107, votó la proposición de dejarlo sobre la mesa. La emisión de bonos del tesoro y la administración directa de los fondos del Estado, que no fué votada hasta el 4 de julio de 1840, contribuyeron poderosamente después á robustecer el gobierno federal y la unión nacional, cosa que ninguno de los partidos contendientes había previsto. Por lo pronto se dominó la crisis tan rápidamente con la emisión de bonos, que en 1838 la especulación volvió á tomar proporciones temibles y produjo, en efecto, en 1839 una nueva crisis, aunque no tan grande como la primera. Una y otra, unidas al descubrimiento de defraudaciones escandalosas cometidas por funcionarios públicos amigos y partidarios de Van Buren, aunque nombrados todavía por el antecesor de este, contribuyeron poderosamente á privarle de la satisfacción de ser reelegido en 1840. La discusión de las defraudaciones, que en junto ascendían á dos millones y medio de pesos, suma inmensa para aquella época, reveló una corrupción espantosa en la administración y el diputado Prentiss, de Mississippi, pudo decir en la cámara: «Poco espero de esta asamblea, pero tengo para mí que la discusión sobre estas defraudaciones producirá un gran bien. Esta sala es el oído de la nación, lo que aquí se dice hace vibrar los nervios auditivos de todo el país. Pues bien, acuso ante esta asamblea poderosa al presidente y á su ministro Woodburg de haber empleado y haber conservado en sus empleos á individuos de quienes sabían que defraudaban fondos públicos confiados á su custodia y que, según confiesa ahora el presidente, merecen el presidio.» Muchas cartas patentizaron las relaciones íntimas que existían entre los empleados más elevados del país y los defraudadores, de suerte que Van Buren y Woodburg aparecieron como cómplices y encubridores de toda la caterva de estafadores ante el país. Grande fué el escándalo, pero el mal, lejos de ser extirpado, existe todavía hoy.

Enrique Clay, jefe reconocido del partido nacional ó sea el del Norte, que desde la presidencia de Jackson había trocado su nombre por el de *whig*, habría debido ser el único candidato de este partido para la presidencia al expirar la de Van Buren; pero no fué así. Clay se puso á la disposición de su partido y dejó los trabajos electorales á su favor á la junta electoral nombrada por el partido mismo; mas los miembros de esta resultaron amigos tibios y hasta enemigos secretos de Clay, y para hacer su elección imposible pusieron por obra, sigilosamente, toda clase de intrigas y alevosas maniobras electorales. El verdadero candidato del partido era Harrison; mas la junta, para disimular mejor su obra, dejó que los electores amigos del general Scott trabajaran en su favor, reservándose aquella hacer agregar á última hora los votos que este tuviera á los que alcanzara Harrison, hombre recto, virtuoso y muy popular por la gran victoria decisiva de Tippecanoe, que había alcanzado en 5 de noviembre de 1811 sobre los indios, siendo general en jefe de las tropas norteamericanas. No tenía Harrison más defecto que su edad, por que cuando le presentaron por candidato sus admirado-

res había pasado de los 67 años y no se había ocupado jamás gran cosa en asuntos de política; pero estas mismas cualidades unidas á su rectitud sencilla, á sus achaques corporales y á su ignorancia en las maquinaciones políticas le hacían más recomendable que Clay y que ningún otro para los políticos intrigantes y ambiciosos. El partido de Van Buren contribuyó sin quererlo á aumentar su popularidad con sus burlas, diciendo en uno de sus periódicos, el *Baltimore Republican*, que si se daba á Harrison una pensión de 2,000 pesos anuales y un barril de sidra renunciaría muy contento á su candidatura y se quedaría en su modesta casa, hecha de troncos de árboles, al estilo de las de todos los colonos fronterizos y del interior. La bafa exasperó á estos colonos y desde entonces quedó asegurada la elección de Harrison.

El candidato del Norte y Oeste para la vice-presidencia era Juan Tyler, natural de Virginia, como Harrison y como tantos otros hombres políticos eminentes de los Estados Unidos. Era poco conocido, no obstante haber sido senador desde 1827 hasta 1836, haber redactado en el año 1834 el informe sobre el banco nacional en sentido favorable á pesar de ser adversario decidido de este instituto, y haber presentado su dimisión para no cometer la injusticia de votar la ruina del banco con la retirada de los fondos del gobierno. El entusiasmo que se manifestó en la elección tenía su causa no tanto en las personas de los dos candidatos como en el deseo de derrocar del poder al partido del Sur, que tantos defraudadores de fondos públicos había introducido en la administración y al cual se hacía indirectamente culpable de la crisis monetaria y de las quiebras consiguientes.

Harrison y Tyler salieron, pues, elegidos por 234 votos contra 60, que ganó Van Buren; los demócratas, ó sea los republicanos del Sur, quedaron por lo pronto derrotados; pero como veremos más adelante, volvieron á encumbrarse muy pronto á consecuencia de la conducta de Tyler, que por muerte casi inmediata de Harrison empuñó como vicepresidente las riendas del gobierno hasta la conclusión de los cuatro años. El desengaño solemne que dió al partido que le había encumbrado fué una lección muy saludable para los norteamericanos, que les advirtió el cuidado con que debían mirar en adelante la persona destinada á la vicepresidencia, para cuyo puesto habían escogido hasta entonces personas prominentes pero que por otros muchos conceptos no convenían para desempeñar la presidencia.

Los Estados Unidos, como nación joven, compuesta de elementos diversos reunidos al rededor del núcleo puritano, grave y sóbrio, carecían casi completamente de fiestas populares y nacionales. A esta carencia se puede atribuir en gran parte el movimiento, el inmenso concurso y las demostraciones ruidosas y extravagantes que acompañaban á las elecciones del presidente. Centenares de oradores recorrían el país pronunciando en todas partes discursos, mientras los electores, el pueblo y los jefes ó agentes de las juntas electorales organizaban grandes procesiones, bastante carnavalescas, con banderas, alegorías y el indispensable y colosal consumo de cerveza, sidra, aguardiente y comestibles sólidos. En las elecciones de Dayton se calculó la multitud reunida en 75,000 á 100,000 individuos, y así proporcionalmente en otros centros electorales.

Antes de continuar la relación cronológica de los sucesos es indispensable retroceder algunos decenios para referir los antecedentes de la anexión del territorio de Tejas.

El territorio comprendido bajo el nombre de Tejas no había estado jamás bien definido, como los que en un principio eran designados con los nombres de Virginia, Canadá y Luisiana. Al principio se llamaba Tejas el territorio com-

prendido entre los ríos Sabina y Nueces, así figura en el mapa de Carey del año 1814; pero después se extendió el nombre de Tejas hasta el Río Grande del Norte. En los tratados en que la Luisiana fué cedida por España á Francia y luego por esta potencia á los Estados Unidos, nada se dijo respecto de los límites de este territorio; pero en el tratado en que España cedió la Florida á los Estados Unidos se designó el Océano Pacífico como confin occidental de la gran república, merced á la previsión y habilidad de Adams. Entonces habría sido probablemente posible hacer incluir en la superficie de los Estados Unidos, como quiso Adams en efecto, el territorio de Tejas; pero los políticos del Sur no dieron importancia á este territorio. Posteriormente, cuando con ocasión de la admisión del Misuri se fijó, por el lado Norte, la latitud de 36° 30' como límite más allá del cual no debía estar permitida la esclavitud, se arrepintieron los hombres del Sur de no haberse asegurado al Sur de esta línea hasta el Pacífico la posesión de todo el territorio del continente septentrional. Ya antes del arreglo de la cuestión del Misuri los del Sur habían hecho algunas tentativas para establecerse al otro lado del río Sabina, como la expedición de Loung, que salió con 75 hombres en 17 de junio de 1819 de la población de Natchez, en el Estado del Mississippi, y penetró en el territorio de Tejas, declarándolo en 24 del mismo mes país independiente. Con la desfachatez propia de un filibustero americano, aseguró en su proclama que los ciudadanos de Tejas, entre los cuales, por cierto muy contados, no había entonces ningún colono anglo-americano, habían deseado ver incluido el territorio de Tejas en los dominios de los Estados Unidos cuando se fijó el límite entre estos y los de España. En 1821, con permiso del gobierno mejicano, ya declarado independiente de España, se establecieron trescientas familias de los Estados Unidos, procedentes de los del Sur y Sudoeste, con sus esclavos, en el territorio de Tejas; y Estéban Austin, el jefe de esta empresa, designó á cada colono 80 acres de terreno por cada esclavo que llevaba consigo, como si hubiese querido introducir y fomentar desde el primer día la institución de la esclavitud en el nuevo territorio. En 1826 hicieron los intrusos otra intentona, bien que sin éxito, para separar á Tejas de Méjico, porque el congreso mejicano había prohibido dos años antes la introducción de esclavos y declarado libres todos los hijos que en adelante nacieren de esclavas. En 1829 fué abolida la esclavitud, bajo cualquiera forma, en todo el territorio de la república mejicana. Los colonos inmigrados de los Estados Unidos no hicieron el menor caso de estas disposiciones del gobierno mejicano, y prevalidos de la gran distancia, de la dificultad de comunicaciones y de la impotencia del gobierno central, conservaron sus esclavos. Pero tarde ó temprano había de hacerse obedecer el gobierno central, y como por otra parte quedaba limitado desde luego el territorio donde podían establecerse nuevas haciendas esclavistas, empezó á adquirir cada día mayor importancia para los Estados del Sur de la Unión el asunto de la incorporación de Tejas á los dominios de los Estados Unidos, tanto más cuanto que estos últimos desde algún tiempo habían echado codiciosas miradas á la California con su magnífico puerto de San Francisco, que debía ser el gran emporio del comercio con el Asia.

Quincy Adams, siendo presidente de los Estados Unidos, por cierto nada afecto á la esclavitud, y menos dispuesto á robustecer y extender esta institución, había creído conveniente la adquisición de Tejas, y probablemente por consejo de Clay, su ministro de Estado, encargó al embajador de los Estados Unidos en Méjico, en 1827, que propusiera al gobierno de esta república la cesión de aquella provincia á la

Unión por un millón de pesos. El embajador, Poinsett, no se atrevió á hacer la proposición, que en su opinión, además de ser perfectamente inútil, exacerbaría las relaciones ya bastante tirantes entre ambas repúblicas. Cada día se fué haciendo más palpable para los norteamericanos la conveniencia de la adquisición, y en 1829 Van Buren hizo ofrecer al gobierno mejicano cinco millones de pesos por Tejas; pero con esto no consiguió más que abrir los ojos á los gobernantes de Méjico, los cuales, viendo el peligro, prohibieron el establecimiento de nuevos inmigrantes norteamericanos. Sin embargo, no pudiendo apoyar sus mandatos con la fuerza de las armas, sucedió con esta medida lo mismo que con la de abolición de la esclavitud, y la inmigración continuó.

Si el Tejas de hoy no merece el dictado de país ameno y su población tampoco merece el de agradable y simpática, menos lo merecía entonces. Los norteamericanos que allí iban eran por lo general individuos de la peor especie y solían estar reñidos con la justicia de su país. Un coronel Crockett, pues los aventureros americanos solían titularse todos coroneles, refiere en su autobiografía que un día se había encontrado en una pequeña posada con once comensales que además de ser todos *coroneles* y *generales* estaban perseguidos en los Estados Unidos, quien por asesinato, quien por otros crímenes.

La superficie de Tejas era mayor que la de Francia; el Estado de Tejas actual tiene una superficie de 71,055 kilómetros cuadrados y en 1875 tenía solo 1,275,000 habitantes; pero en 1830 no llegaba quizás á 40,000 el número de estos y en 1836 no pasaba de 50,000 ó 60,000. Estos se consideraban ya como independientes de Méjico, y nombraron en 1833 una comisión gubernativa, residente en San Felipe. Estéban Austin, que había dirigido la primera inmigración de colonos desde los Estados del Sur, fué nombrado general en jefe de la fuerza armada de la nueva nación, para protegerla contra el gobierno de Méjico si á este ocurriera acudir á las armas para hacerse obedecer. Los tejanos anglo-americanos contaban tácitamente con el apoyo de los Estados Unidos, ó por lo menos con el de los Estados esclavistas, y hablaban de levantar un ejército de 40,000 voluntarios, lo cual, si el gobierno provisional lo dijo, era una pura fanfarroñada americana, porque toda la población junta no habría podido mantener ni menos pagar sueldo á la cuarta parte. Las ciudades se componían de unas cuantas barracas de madera, de trazados de calles y de solares con un poste y una tablita con el letrero de: *Para vender ó Para arrendar*. Esto no impedía las especulaciones en terrenos, ni los pleitos y disputas, y en 1830 se organizaron tres grandes compañías para la venta de terrenos que inundaron los Estados esclavistas con su papel y ganaron así el apoyo de miles de personas, que tenían interés en ver realizada la anexión de Tejas para poder hacer efectivo el papel que de aquellas compañías tenían. El general y ex-presidente Grant dice en sus *Memorias* que la ocupación de Tejas por los primeros colonos conducidos por Austin, la declaración de independencia del país y su anexión final á la Unión fueron efecto de una verdadera conspiración tramada en los Estados del Sur con el objeto de formar en Tejas y los territorios vecinos nuevos Estados esclavistas. Por eso el tratado que el gobierno de los Estados Unidos celebró en 1832 con el de Méjico, y en el cual, además del reconocimiento de los límites indicados en el tratado de la Florida, se estipularon asuntos relativos al comercio entre ambas repúblicas, no fué más que una verdadera farsa.

En 1833 estalló en Méjico una revolución que á costa de torrentes de sangre elevó al poder al general Santa Ana con